

Despertando a la esperanza

Y un día, finalmente, allá en los comienzos de los ochenta, volvimos a la democracia.

Los jóvenes de aquellos años, andábamos por ahí con los ojos llenos de asombro, de preguntas, como hijos pródigos regresando de un cruel invierno, sobrevivientes del horror, víctimas del silencio y el miedo.

Quienes vivíamos en pequeños y apartados pueblos del interior, éramos más bien espectadores; inocentes y crédulos muchachos y muchachas, testigos a veces, nunca protagonistas.

Poco después fuimos despertando; nos animamos a buscar las palas y salir al rescate de aquellos libros que habían dormido largo tiempo enterrados bajo las zanahorias y las lechugas del huerto. Esos libros preciosos que, por orden de nuestros asustados padres, habíamos bajado presurosamente de las bibliotecas, pero que no tuvimos el coraje de condenarlos a una hoguera y en un pequeño acto de heroísmo o inconsciencia, decidimos sepultar en viejas latas bien cerradas

Otro día, sin querer, comenzamos a tararear las canciones que, acalladas en las radios, habían quedado en nuestros corazones, pero que nuestras gargantas no se atrevían a soltar. Fuimos recuperando aquellas melodías prohibidas; poco a poco recordando sus letras, las que teníamos casi olvidadas en un lugar lejano y oscuro de nuestra mente. En pocos meses ya estábamos organizando guitarreadas y fogones o rondas de mates en la plaza, bajo el tibio sol de un benévolo invierno.

Muchos habíamos sacado a relucir nuestro documento de identidad para exhibirlo en una mesa de votación por primera vez. Allá fuimos con orgullo y cándida esperanza a depositar, con mano temblorosa y corazón palpitante, un sobre con nuestro voto.

Ese mismo documento que llevábamos casi a todas partes. En el pueblo no hacía falta, nos conocíamos todos, los únicos dos policías eran amigables, andaban en bicicleta y uno hasta era primo de mi mamá; pero si viajábamos a la ciudad, era lo primero que las abuelas nos recomendaban: “tené cuidado nena, no hablés con nadie desconocido, no andés por ahí al anochecer, si te para la policía no los desafíes, nunca jamás los mirés a los ojos, bajá la cabeza y tené siempre el documento a mano”.

Yo, que era de por sí medio asustadiza, una adolescente tonta criada en el campo, tenía terror y casi muero de un infarto una vez que tuve que ir a Buenos Aires a hacerme unos estudios médicos. Mientras caminaba por una calle del centro con mis radiografías a cuestas, fui testigo de un grupo de gente que gemía arrinconada contra una pared, mientras varios oficiales con armas en mano y a los gritos los cacheaban sin consideración. Apuré el paso y no volví la vista. La taquicardia me duró todo el día.

Pasó el tiempo y todo comenzó a parecernos una pesadilla, un cuento de terror, algo que quizás algunos habían exagerado, que sé yo... había demasiadas anécdotas e historias... las que contaba siempre Inés de sus primas de Córdoba, que aseguraban que una noche en medio de gritos y disparos, se habían llevado a sus vecinos y nunca los habían vuelto a ver. Inés siempre fue bastante dramática y exagerada, así que no estábamos muy seguros de cómo habría sido la cuestión. Rodrigo tenía un hermano en la facultad y relataba angustiada que a muchos de sus compañeros los habían secuestrado y estaban desaparecidos. Nosotros escuchábamos sin salir de nuestro estupor.

En fin, la primavera iba asomando tímida, se respiraba un aire de libertad, de normalidad que nos contagiaba y nos volvía a nuestras “preocupaciones” habituales. Estudios, novios, salidas de día sábado, pensar seriamente en seguir estudiando, en irnos a la ciudad ahora que nuestras madres habían terminado sus largos y melodramáticos discursos en los que nos hablaban de la universidad como del mismísimo infierno.

La mayoría hicimos las valijas, decidimos comenzar una carrera, mientras que en los pasillos de las facultades se discutía de política, de filosofía, de derechos humanos, de igualdad, de problemas sociales... ¡yo estaba fascinada!

Nos fueron creciendo las alas, nos fueron creciendo las ideas en nuestras mentes pequeñas y adormiladas. Empezamos a crecer como personas, a crecer en democracia, a sentir que podíamos cambiar el mundo o al menos que era nuestra obligación intentarlo. Salimos a reclamar por cuanto causa justa se nos cruzara y también a festejar pequeños logros y victorias. Éramos expertos en pancartas, carteles, cánticos de todo tipo y era maravilloso encontrarnos, abrazarnos con extraños y sentir que no lo eran.

Pedíamos justicia, pedíamos libertad de elegir, exigíamos una Patria soberana y con oportunidades para todos.

Es justo reconocer que fueron muchas las decepciones, también. No siempre los políticos resultaron ser señores republicanos, impolutos ciudadanos que aspiraban al bien común, pero perseveramos, porque ya no nos queríamos conformar con poco, nunca más con menos.

Después ya no solo crecimos, definitivamente nos transformamos en adultos y nuestra revolucionaria y acalorada adolescencia dio paso a una época en la que comenzamos a hacer números para tratar de comprarnos un departamentito; algunos cambiábamos pañales y arrullábamos bebés siempre con las dulces canciones de la gran María Elena, mientras hacíamos malabares para combinar casa, trabajo, con participación social y política.

El país, como casi siempre, también andaba haciendo malabares, pasando de crisis en crisis, de político en político, devaluando, sufriendo desempleo e inflación... nuestra historia de siempre.

Pero, mientras hubiera democracia, siempre había esperanza. Una democracia endeble, imperfecta, amenazada, pero la sosteníamos y la defendíamos con uñas y dientes porque jamás dudamos de que era lo único que ya no podíamos perder, ni regalar.

Hoy, a casi medio siglo de distancia de todo aquello, seguimos peleando el día a día en un país que, permanentemente, parece estar subido a una montaña rusa; hartos de los mismos problemas y de los mismos discursos fogosos y mentirosos de siempre, pero aún embarcados en la utopía de tiempos mejores; convencidos de que el único modo de crecer, de vivir, de respirar, es en democracia.